

# Las señoritas putas del gallego

HUGO L. DEL RÍO

**D**icen que la putería es el oficio más antiguo del mundo. No me lo creo, ni mucho ni poco. Las putas, para vivir, cobran por el revolcón. Esto significa que los hombres que se refocilaban –y se refocilan y seguirán, seguiremos refocilándonos– tenían dinero. Y para tener dinero, necesitaban trabajar. Y para faenar, muchos de ellos tendrían oficios. Uno se va de putas cuando sobra un poco de parné.

Hubo y hay putas en todos los países y en todos los tiempos. El oficio se ejerció y se ejerce en los Jardines Colgantes de Babilonia lo mismo que en el Metro de Nueva York; hay y seguirá habiendo putas tanto en París como en Torres Mochas. Se supone que las damas de la nocturnidad no tienen ideología política, si bien esto es muy relativo. Lo cierto es que igual ofrecerán alivio y, en ocasiones, placer al amparo de los derechos humanos que les garantiza la democracia que en la penumbra de la dictadura represiva y, casi siempre, puritana. A las putas nunca les han faltado hombres y mujeres que las protejan ni, mucho menos, artistas que las exalten. Uno de ellos es Camilo José Cela. El gigante de Galicia es un escritor que siempre causa admiración, deleite y asombro. En el trapecio de las letras da –y nos lleva con él– saltos mortales sin red de protección: en piruetas llenas de gracia y fuerza, este atleta de la escritura nos conduce de los espacios amargos y duros de

La familia de Pascual Duarte a la pícaro jocosidad de Gavilla de fábulas sin amor, tomo ilustrado por Picasso. Hay que leer su ensayo El cipote, publicado en los años de Franco, cuando en España ni los casados tenían derecho a hacer el amor. La nota es doblemente interesante, por su calidad y porque resulta evidente que Camilo José no burló al censor: hubo

una complicidad. El cipote confirma que la dictadura clerical-militar que pretendió encadenar al viento era un monstruo feroz, pero de precaria salud. España es mística y cachonda y eso no lo pudieron cambiar el garrote vil ni las amenazas de excomunión del Estado Azul.

Recién terminé de leer Izas, rabizas y colipoterras, otro de los libros irreverentes, alegremente subversivos de Camilo José. Al gallego le divertía burlarse de la dictadura. La editora Lumen publicó en España Izas et al en el año de la desgracia franquista de 1964. Las fotos, de Juan Colom, están a la altura del texto.

¿Y de qué nos habla aquí el Nóbel? De las putas. Aunque aclara que a veces manejamos mal el término. Puta es la prostituta que de eso vive y también llamamos –incorrectamente– puta a la mujer desinhibida que goza de la vida. Cela se refiere solamente al primer caso. Dice: “Mil ciento once son los sinónimos (teoría superada)”. Va de nuez: bagasa, baldonada, buscona, cantonera, cellenca, coima, cortesana, cotorrera, daifa, descosida, mujer del arte, lumia, zorra, zorrastrón, vulpeja, lagarta...y ya. Don Artemio de Valle Arizpe quien, obvio, también sabía de estas cosas, maneja más equivalentes en El Canillitas, título con el que sube a codearse con Quevedo. En tanto hombres de talento, Camilo José y mi casi paisano don Artemio caminan por los senderos de la vida con los ojos abiertos ante el gran espectáculo del mundo; la grandeza y la servidumbre del hombre, como dice De Vigny. ¿Por qué tratar de eludir la contradicción, si forma parte inseparable de lo humano? Reflexionar sobre los misterios de la vida y la muerte no nos impide gozar del espectáculo de las mujeres guapas y bien formadas que visten con donaire la minifalda o el short. Teresa de Ávila nos dejó muy en claro que el espíritu y la carne no están peleados.

Las izas, nos enseña Camilo José, “suelen ser damas rabiosas y marchosas, peliforras de arresto y poderío, furcias a las que aún se les aguantan las carnes”, aunque no son “la flor temprana, gallarda y saludable (la procesión va por dentro) del oficio, están todavía de buen ver y mejor imaginar”. El escritor puntualiza: no confundir a las izas con las

daifas primerizas, aprendices o aprendizas del oficio quienes “no follan más que por la tarde y a salto de mata, por amor de la patria potestad”.

Conocedor del tema, Camilo José pontifica con tono de bachiller travieso y cachondo: La rabiza es una especie que se divide en cuatro categorías: la burraca nocturna, la lumia exótica, la cisne para ilusiones niñas y la capulina de nostalgias ancianas. Tendrían un común denominador: “Los tacones de la mujer retumban, en la noche, igual que rometedores augurios, lo mismo que anhelantes llamadas de socorro”. La burraca “no elige, se deja elegir”; la lumia “fuma americano... es valiente y cuando surge la chísipa de la

Bronca parece una pantera... algunos dicen, en voz baja, que es confidente de la policía”; las cisnes viven ya en la frontera de la vejez: “llevan faja y no suelen vestir provocativamente”, y la capulina de nostalgias ancianas “es trotona incansable, potranca de dutros remos”: ¡Ay! Debería tramitar su pensión. Y si no lo hizo, tendrá que formar el cuadro en la legión de las colipoterras, a escoger entre los escuadrones de las zorras

flacas, las zorrastronas cumplidas, las vulpejas enanas, las zorrupias, las zorreznas, las hurgamanderas, las chais, las chamiceras, las churrianas con cara de torero, las carcaveras y otras. Ellas tienen en común “una inmensa soledad” ; le piden a gritos al tabernero:

–Sírvenme más aguardiente, muchacho, que me da náuseas la tufarada de los cadáveres solitarios.

Son amazonas viejas mutiladas en mil batallas, no salen a hacer la calle: lo suyo es la cabalgata de las walkirias agotadas. Cuando pasan hay que cuadrarse, saludar, bajar la bandera. Camilo José ordena.

–Un pasodoble, maestro, por favor.

Claro, se lo merecen. “Sigamos cayendo, que ya falta poco”. En fin: “Irse de cabeza al infierno no es de las cosas más difíciles ni meritorias”.

La vida está en la calle y el pregonero es su cronista. Escribe el gallego:

–¡Pasen, señores, pasen y vayan pasando! ¡Aquí podrán ver la auténtica Venus Callipigia, con la vergüenza a punto, con una teta al aire y el culo fuera! ¡Entre usted, caballero, a gozar de los antiguos placeres del amor! ¡espectáculo permitido por la policía! Y, si el caballero se ocupa, habrá que recordarle las bondades de la higiene. Que no se olvide, que no, porque...

–Lavajes póstumos. ¡Eso mismo viene de abusar! Al pobre se lo llevaron con los pies para adelante, a resultas de unas purgaciones de garabutillo. Descanse en paz.

A tanto gozo que me ha dado este libro, agrego el encontrar en sus páginas una referencia a mi amiga “la Muy Alta y Serenísima Señora Doña Ana de Mendoza y de la Cerda, Princesa de Éboli a quien, en la ciudad en que escribo todavía llaman la puta”. Ana querida, mi amada tuerta, bisnieta del cardenal Mendoza, amante de Felipe II, rey de España, y de su secretario, Antonio Pérez, con quien conspiró tanto y tan bien que provocaron en el Aragón del siglo XVI la Guerra de los Fueros. Pero eso será otra historia. Hoy, cierro con un grito de dolor: no me puedo robar el libro de Camilo José. ■



Del Prado